

que recuerde á nuestro Señor Jesucristo que es su Madre; basta que parezca en su presencia, é inmediatamente el divino Asuero se apresura á decirle con ternura: «¡Oh Esther! ¿qué es, pues, lo que deseais? á fin de que yo os lo conceda. ¿Qué quereis que yo haga? Aun cuando me pidiérais la mitad de mi reino, lo obtendreis.» (1) María, Madre de Dios, puede todas las cosas; y sin embargo, José tiene el derecho de mandar á María.

En cuanto al poder soberano de Jesucristo, ¿quién osaría dudar de él un solo instante? ¿No ha manifestado este poder durante su vida mortal, por los mas espléndidos milagros, y principalmente por su propia Resurrección de entre los muertos? Y sin embargo, en la época de que hablamos, Jesucristo no había entrado aun en la plena posesión de su gloria: Hombre entre los hombres, temblaba los rasgos de su luz para no deslumbrarnos. ¿Qué no podrá, pues ahora, sentado en el cielo á la diestra de Dios su Padre? Jesucristo, verdadero Hijo de Dios, puede todas las cosas; y sin embargo, José tiene el derecho de mandar á Jesucristo.

Y no nos imaginemos que este derecho de

(1) Esth., VII.

José haya sido tan imperfecto y tan limitado: nó. José es Esposo y es Padre: y estos títulos augustos le daban un gran poder sobre su Esposa y sobre su Hijo.

La esposa en el matrimonio cristiano no está de ningún modo independiente de la autoridad de su esposo: y está muy lejos de caminar con él al mismo paso. La esposa debe estar *sometida* á su esposo *en todas las cosas*: (1) como la carne está sometida al espíritu, según las comparaciones del mayor Doctor, y del mas gran Padre de la Iglesia; (2) y como la Iglesia cristiana está *sometida á Jesucristo*, según la comparación del Apóstol de los gentiles. (3) Además de esto, á medida que la pareja conyugal sale mas de la atmósfera maldita del pecado, para entrar en las regiones de la gracia, la sujeción de la esposa, aunque muy dulce y muy amable, se perfecciona por medio de continuos acrecentamientos, que corresponden á la sumisión gradualmente mas perfecta de la *carne* para con el *espíritu*, en el cristiano que trabaja en la santificación de su alma. Ya Sara en los

(1) Pet., III, *et alívi*.

(2) S. Thom. Summa I. 2., q. LXXIV, a. 6, 7.—  
August. *de Trinitate*, XII.

(3) Ephes., V.



tiempos del Antiguo Testamento, trataba á Abraham su esposo con tanto respeto que no temía darle el nombre de Señor: (1) ¿qué deberán, pues, hacer hoy día las esposas cristianas, y cómo deberán portarse para cumplir enteramente con las leyes de la sociedad conyugal? Y sobre todo, ¿cuáles deberán ser para con Señor San José la obediencia y la veneración de María, de esa Esposa incomparable, que semejante á Jesucristo, se lanzaba con ardor en todos los abatimientos de la mas perfecta humildad?

Del mismo modo, en la familia cristiana, el hijo no está independiente de su padre; y si la ley de Jesucristo hace desaparecer la servidumbre y la odiosa tiranía de las naciones idólatras, no es para establecer la licencia, sino para reemplazarlas por los lazos mas fuertes y mas íntimos que la gracia de Dios hace nacer. Esta dependencia del hijo para con su padre es una tierna imágen de la dependencia que todas las criaturas, como hijas del Padre celestial, tienen necesariamente del Creador que las ha hecho desde su principio y las conserva con unos cuidados mas que maternos y paternales. Mientras

(1) I. Petr., III.

mas crece la familia en la santidad cristiana, para llegar á ser semejante al Dios que la curó de sus pecados, mas debe crecer también la dependencia filial, á fin de presentar en sí misma de una manera mas brillante, la imágen de esa dependencia tan suave, pero absolutamente invencible que une á la criatura con el Creador. El Evangelio nos dice bien en una sola palabra, que Jesús estaba *sometido* á José; mas á nosotros nos toca examinar esta palabra y comprender en cuanto podamos, el misterio de la inefable obediencia de Jesús para con su padre; el misterio de esta obediencia perfecta que debía simbolizar tan dignamente la de todas las criaturas para con Dios.

Concluyamos pues, ahora, con entera seguridad, que José, durante su vida mortal, mandaba plenamente á Jesús y á María, y que los dos son omnipotentes. José no ha cometido ninguna falta capaz de arrebatarse estos admirables privilegios: por consiguiente, á pesar de todos los cambios acaecidos por la gloriosa exaltación de su Hijo y de su Esposa, José goza al presente de un poder universal.

Notemos también una circunstancia que no debemos dejar pasar desapercibida.



Hay dos especies de poder: el que ejercemos por nosotros mismos y el que ejercemos por medio de otro. El primero está sujeto á muchas penas y trabajos: pues el que debe ejecutar *por sí mismo* las cosas que quiere cumplir, encuentra frecuentemente muchos obstáculos que le obligan á hacer grandes esfuerzos y sostener luchas; no llegando á conseguir su fin sino á fuerza de su energía. Por el contrario, el que puede ejecutar *por medio de otro* las obras que quiere hacer, goza de una posición mucho mas cómoda: otros se entregan al trabajo para cumplir sus voluntades y sus deseos; en cuanto á él descansa en una continua y pacífica alegría, viendo su palabra, semejante á la palabra divina ejecutarse á su vista sin costarle ningún esfuerzo.

Este segundo poder es el que conviene á Señor San José. Ahora, como en otro tiempo, en el cielo, lo mismo que en Nazaret, no tiene, según nuestro modo de comprender, mas que manifestar sus deseos á Jesucristo su Hijo bendito y á María su tierna Esposa. Inmediatamente la Reina de los Angeles y de los Arcángeles envía á sus fieles servidores, que se apresuran á obedecer á su Augusta Soberana: y el Rey de los reyes pronuncia

una de esas palabras cuya autoridad no conoce resistencia; y todas las peticiones, todos los deseos del glorioso San José se ven cumplidos.

Por lo demás, la Santa Iglesia no tiene dificultad en reconocer este gran poder que atribuimos á Señor San José. Muchos se admirarán quizá al encontrar en la Liturgia sagrada unas palabras tan significativas y tan claras. ¡Ojalá y su admiración se cambie en una devoción muy sincera, capaz de llevarlos para siempre á los piés de aquel á quien el mismo Jesús obedecía! He aquí, pues, lo que canta la Iglesia en la fiesta del 19 de Marzo:

«¡Oh José! Vos que sois la gloria de los bienaventurados, la esperanza cierta de nuestra vida, y la columna del mundo, acoged con benevolencia las alabanzas que cantamos llenos de alegría.»

Cœlitum, Joseph, decus, atque nostræ  
Certa spes vitæ, columenque mundi,  
Quas tibi læti canimus benignus

Suscipe laudes. (1)

¡O qué palabras! ¡y qué elevación no muestran en Señor San José!

(1) Hymnus ad Matutinus.



José es llamado la *esperanza cierta de nuestra vida*. Mas esta es la misma expresión de que se sirve la Iglesia, hablando de la Santísima Virgen María! En esa dulce antifona de la *Salve, Regina*, invocamos á María como nuestra vida, nuestra dulzura y nuestra *esperanza*. Y para alabar á Señor San José, no teme la Iglesia emplear esta última palabra, quizá la mas enérgica, puesto que traspasando los tiempos presentes nos indicá cual es para nosotros el camino que conduce á los bienes futuros. José no solamente es la esperanza de nuestra vida, de esa gran vida de la gracia y de esa gran vida de la gloria, que son las únicas dignas de ser apreciadas por el cristiano: sino que es la *esperanza cierta* de nuestra vida; lo cual quiere decir que abandonándonos á su dirección, tomándole por Patrón y obedeciendo á sus órdenes, estamos ciertos de llegar al término feliz que debe colmar todos nuestros deseos.

José es llamado también la *Columna* ó el apoyo del mundo: magnífica expresión que nos muestra á todo el mundo, sostenido y como llevado por Señor San José. Además, ¿qué tiene de sorprendente que San José lleve al mundo? Muchas veces ha llevado mucho más; porque más de una vez ha llevado dul-

ce y respetuosamente entre sus brazos al Creador de los mundos, Jesucristo nuestro Señor. Es verdad que esta audaz expresión: *columna ó sostén* del mundo, parece dar á Señor San José lo que el Apóstol aplica á Jesucristo *por privilegio* cuando dice: *Ninguno puede poner otra base que la que ha sido puesta, y esta base es Jesucristo.* (1) Mas la Iglesia no retrocede ante esta *igualdad* como inaudita; y el himno que nos manda cantar, nos manifiesta claramente que si Jesucristo es el fundamento principal y primero, que sostenido inmediatamente por Dios, lleva con su poder todo lo demás, Señor San José apoyándose sobre Jesucristo, viene á ser también el fundamento de la Iglesia universal, y la columna que sostiene al mundo impidiéndole que caiga en el abismo del pecado.

Ved lo que canta también la Santa Iglesia en el primer *responsorio* de los Maitines: «El Señor estuyo con José, y le dió gracia en presencia del príncipe de la prisión, que puso entre sus manos todos los cautivos. Todo lo que se hacía se cumplía bajo sus órdenes; porque el Señor estaba con él y dirigia todas sus obras. R. *Fuit Dominus cum Joseph, ei*

(1) 3 Cor., III.  
8



*dedit ei gratiam in conspectu principis carceris, qui tradidit in manus illius universos vinctos. V. Quidquid fiebat sub ipso erat: Dominus enim erat cum illo, et omnia opera ejus dirigebat.»*

¿Cuáles son, pues, á vuestro parecer, esos prisioneros que están sometidos á la vigilancia de José, todos, y de una manera tan total? En cuanto á mí, no tengo dificultad en comprenderlo. Estos cautivos sois vosotros, soy yo; somos todos los que formamos la gran familia humana. ¿No somos *cautivos*, y de mil maneras diferentes? cautivos del demonio, que nos ha vencido por medio de sus astucias y sus violencias; de nuestros pecados, que nos aprisionan en los lazos mas tristes; de nuestras imperfecciones que no tenemos valor de vencer; de nuestras concupiscencias que se levantan con imperio dentro de nosotros mismos; cautivos de nuestros sufrimientos, de nuestras miserias y de nuestros errores; cautivos de mil cautividades que vemos, y de mil, ó mas bien, de otras diez mil que se ocultan á las miradas tan poco vigilantes de nuestra alma. Mas que sea nuestro consuelo, nuestra alegría y nuestra esperanza, el saber que nosotros, con todos nuestros hermanos estamos colocados universalmente entre las manos de José, y que lo que él ordene de

nosotros está sabiamente ordenado, porque *el Señor está con él y dirige todas sus obras.*

¿No os parece escucharlo que nos dice con una voz paternal estas tiernas palabras, que la Iglesia, un poco mas adelante pone en su boca: «El Señor me ha hecho como Padre del Rey, y dueño universal de su casa: no temais, pues para vuestra salvación me ha enviado el Señor antes de vosotros á esta tierra de abundancia. Venid á mí; y yo os dará todos los bienes del Egipto, y os alimentareis con los frutos mas sabrosos de estos países? *R. Fecit me Dominus quasi patrem regis, et dominum universæ domus ejus; nolite pavere. Pro salute enim vestra misit me Deus ante vos in Ægyptum. V. Venite ad me: et ego dabo vobis omnia bona Ægypti, et comedetis medullam terræ.»* (1)

¡Oh José! cumplid vuestra promesa, y dadnos los tesoros preciosos de la gracia; dadnos esa *médula* de la tierra, esos frutos sabrosos, ese Pan nutritivo, perfectísimo y todo divino; á fin de que siendo sostenidos por vuestros cuidados en los trabajos de esta vida, podamos reinar gloriosamente con vos, en la vida que no tiene fin.

(1) R. III.



«Haced, ¡oh Dios! que seamos ayudados por los méritos del Esposo de vuestra Madre Santísima; á fin de que *lo que somos incapaces de obtener*, nos sea concedido por su intercesión. Vos, que siendo Dios vivís y reináis con Dios Padre en la unidad del Espíritu Santo por todos los siglos de los siglos. Así sea.»

*Sanctissimæ Genitricis tuæ Sponsi, quæsumus, Domine, meritis adjuvemur; ut quod POSSIBILITAS NOSTRA NON OBTINET, ejus nobis intercessione donetur: qui vivis et regnas cum Deo Patre, in unitate Spiritus Sancti, Deus, per omnia sæcula sæculorum. Amen. (1)*

(1) Oratio principalis in festo S. Joseph.—No podemos dejar de citar las hermosas palabras de Santa Teresa, sobre la devoción á Señor San José. Aunque se encuentran en todas partes, sin embargo, quizá muchos no las conocen todavía, y los que las conocen pueden sin inconveniente volver á leerlas.

«No me acuerdo hasta ahora, dice la Santa, haberle suplicado cosa, que la haya dejado de hacer. Es cosa que espanta las grandes mercedes que me ha hecho Dios por medio de este bienaventurado Santo, de los peligros que me ha librado, así de cuerpo, como de alma: que á otros Santos parece les dió el Señor gracia para socorrer en una necesidad, á este glorioso Santo tengo experiencia, que socorre en todas; y que quiere el Señor darnos á entender, que así como le fue sajeo en la tierra, que como tenía nombre de padre

## CAPÍTULO V.

**Cómo el glorioso Señor San José es patrón de los esposos y de los padres.**

**P**ROPOSUIT (*Deus*) in eo, in dispensatione plenitudinis temporum, instaurare omnia in Christo, quæ in cælis et quæ in terra sunt, in ipso.

(1) Cuando la plenitud de los tiempos hubo llegado, Dios se propuso *restablecer* en Jesucristo todas las cosas, las que están en el cielo y las que están sobre la tierra.

Lo que será en la patria este *restablecimiento* y esta *instauración* celestial, es lo que no podemos comprender todavía al presente en las tinieblas de nuestro destierro; y ape-

siendo ayo, le podía mandar, así en el cielo hace cuanto le pide. Esto han visto algunas otras personas, á quien yo decía se encomendasen á él, también por experiencia: ya hay muchas que le son devotas de nuevo, experimentando esta verdad. Querría yo persuadir á todos fuesen devotos de este glorioso Santo, por la gran experiencia que tengo de los bienes que alcanza de Dios. No he conocido persona, que de veras le sea devota, y haga particulares servicios, que no la vea mas aprovechada en la virtud; porque aprovecha en gran manera á las almas que á él se encomiendan.

(1) Ephes., I.